

Larrosa, J. y Rechia, K. (2018). *P de Profesor*. Buenos Aires: Noveduc. del Centro de Publicaciones Educativas y Material Didáctico S.R.L, 486 pp.

Este nuevo libro de Jorge Larrosa, escrito conjuntamente con Karen Rechia, adopta la forma de un singularísimo diccionario compuesto por unas 75 palabras que van recorriendo las letras del alfabeto. Pero también es una interesantísima conversación que nos da a pensar muchas cosas sobre el *oficio de profesor*. Cualquier lector avisado percibirá, de inmediato, que el *Abécédéaire* (2004) de Gilles Deleuze es una fuente principal de inspiración aquí.

Este conocido «Abecedario» deleuziano fue, en su origen, un programa de la televisión francesa producido por Pierre-André Boutang en 1988-89, y emitido en 1996. En él, una antigua discípula de Deleuze, Claire Parnet, entrevista al filósofo haciéndole recorrer las letras del alfabeto a través de una serie de palabras. En realidad, como dice Karen Rechia en algún momento de este hermoso libro, «el papel de Claire Parnet (como el de la propia Karen) es menos el de entrevistadora y más el de quien posibilita este diálogo» (p. 26). En la letra «P» del *Abecedario* de Deleuze encontramos la palabra «Profesor», que le permite al filósofo francés hacer un singular elogio de la *repetición*: horas y horas de preparación (de clases y cursos), y de repetición, para quizá diez minutos de verdadera inspiración, dirá el propio Deleuze. Este motivo, la repetición, es un componente del oficio de profesor que se mencionará más de una vez en esta obra:

Sé que no se estila, pero la repetición es esencial. La lectura y la escritura aún permiten ese gesto pedagógico antiguo, el imperativo de la repetición: léalo otra vez, escríbalo usted de nuevo, piénselo otra vez. La importancia de la relectura, de la reescritura, del pensar como repensar. Lo que pasa es que la repetición es percibida por los estudiantes como una cierta violencia, como un cierto castigo, acostumbrados como están a ir de una cosa a otra, a la novedad permanente, a entender la lectura como información, como contenido, o como pretexto para la opinión, para el juicio [...] El estudiante o el estudioso, a diferencia del mero lector, repite (pp. 352-353).

Richard Sennett, en su importante libro *El artesano* (2009), ya subrayó de forma inteligente la importancia crítica de los actos de repetición:

Volver una y otra vez a una acción permite la autocrítica. La educación moderna teme que el aprendizaje repetitivo embote la mente. Temeroso de aburrir a los niños, ansioso por presentar estímulos siempre distintos, el maestro ilustrado evitará la rutina; pero todo eso priva a los niños de la experiencia de estudiar según sus propias técnicas prácticas arraigadas modulándolas desde dentro (p. 53)

Puede decirse que este libro corona una amplia trayectoria de estudio e investigación sobre el oficio y las maneras de profesor en Jorge Larrosa. En el origen del libro hay un encuentro: la estancia que Karen Rechia (licenciada en Historia por la universidad federal de Santa Catarina, Brasil, y doctora en educación por la Universidad de Campinas) realizó entre febrero y junio de

2015 en la Universidad de Barcelona, en la que Jorge Larrosa es profesor titular de filosofía de la educación. Durante dicha estancia, la profesora Rechia asiste, y participa activamente en ellas, a las clases del profesor Larrosa para observarle en su oficio de profesor, detectar sus hábitos, sus maneras y sus modos de realizar su oficio, y también de teorizarlo. Poco a poco, y en sucesivos viajes, va tomando forma la idea de esta obra que comentamos, que trata de dar cuenta de la entraña misma de un oficio que tiene que ver más con el arte y la artesanía que con la profesionalización.

El lector encontrará aquí tres tipos de palabras o voces. En un primer grupo se encuentran lo que aquí se llaman *no-palabras*, es decir, palabras que el profesor no usa, o quizá no debería usar, para referirse a su oficio, pues se trata de palabras que forman parte de cierta colonización de lenguaje pedagógico: *alumno, aprendizaje, calidad, comunicación, información, investigación, metodología, objetivos, profesionalismo, utilidad*. Estas palabras irán tachadas en el índice. En un segundo grupo encontramos las palabras referidas a los modos de hacer, a la entraña misma del oficio de profesor; y un tercer grupo está compuesto por palabras referidas a las asignaturas que, en aquel momento, el profesor Larrosa tenía a su cargo: «Arte y Cultura en la Educación Social» (*basura, barrenderos, espigadores, distrito, común*), «Sociología de la educación» (*pobreza, encargo, zombi, shopping, ricos*), «Antropología cultural» (*transmisión, estupidez, ogro, ruina, refugio*).

Interesa destacar esas palabras que dan cuenta de un oficio, el de profesor, que pretende ser domesticado hoy, bajo la cobertura del discurso de la sociedad de la información y del capitalismo cognitivo, hasta volver irreconocible, e impensable, su condición artesanal; entre otras, por ejemplo, *amor, ánimo, atención, aula, autoridad, curso, cuaderno (de notas), dietética, disciplina, dispositivo, ejercicio, estudiante, experiencia, exposición, generosidad, maneras, oficio, presencia, repetición, suspensión, tiempo, transmisión*. Un elemento central de este arte es la guía de la atención:

El profesor –observa Karen Rechia en la palabra «Oficio»– es quien guía la atención, la mantiene, la comprueba. Eso parece remitirnos a una artesanía, a un modo de hacer [...] Ese modo, a su vez, también nos remite a las condiciones que caracterizan un oficio. ¿Cuál es la relación entre docencia y oficio? (p. 300).

En su respuesta a esta pregunta, Jorge Larrosa destaca tres componentes centrales. Primero, la *autenticidad*. Como en todo «oficio» (*opificium*: trabajo ejecutado por un artesano; *opifex*: en su oficina; y *efficere*: la acción eficaz realizada por alguien en función de su condición), hay una suerte de *indistinción entre lo que se hace y lo que se es*. El oficio, en realidad, solo puede «falsificarse», y por eso «lo que abunda son falsos profesores o profesores de mentira o profesores que parecen profesores pero que no lo son» (p. 301). En segundo lugar, el oficio de profesor es un *éthos*, pues tiene que ver con la *potencia*, y la puesta en obra de esa potencia, no depende de otra cosa que del hábito,

la *béxis*, de la costumbre, el *éthos*, de lo que podríamos llamar un saber y un saber hacer incorporado, encarnado» (p. 301). Por último, ese oficio es una especie de *devoción* y una *vocación*, y tiene que ver con un respeto y un deber que constituyen una condición existencial, más que deontológica: «El respeto al oficio, por tanto, no tiene una definición normativa sino existencial. [...] esos deberes son internos al oficio, constitutivos del oficio, y no exteriores a él. Son deberes, podríamos decir, existenciales y, por tanto, no coactivos» (p. 302).

Este libro nace no solamente del encuentro ya mencionado entre Jorge y Karen, de su trabajo y de sus conversaciones, de sus lecturas y anotaciones, sino que emerge de la propia experiencia que Jorge Larrosa (escritor y profesor) ha venido acumulando a lo largo de una dilatada vida dedicada a leer, escribir, pensar y transmitir, o sea, una vida de profesor y estudioso de su oficio, vida empeñada en tratar de ser un profesor que estudia, un profesor que visita cada año el aula donde va a transmitir cosas a sus estudiantes (ser estudiante es una categoría existencial, dice con frecuencia; ser alumno es una categoría administrativa); un profesor, en fin, que imagina un aula pegada a una biblioteca repleta de libros, y probablemente de cuadernos donde tomar notas de lo leído y pensado, o sea, estudiado.

Cuando Jorge Larrosa «profesor» habla de este oficio, tiene en mente, por supuesto, sus propias lecturas, cierta idea de la universidad, hoy degradada, pero también a evoca a algunas personas,

profesores a su vez, y que fueron importantes en su vida, y que también lo han sido para algunos de nosotros; personas a las que conocemos hace mucho, con quienes hemos conversado intensamente, a quienes hemos leído y con quienes hemos compartido encuentros y fascinaciones intelectuales. Alguien que aquí aparece, y tiene su propia palabra, es, por supuesto, Jan Masschelein (profesor de filosofía de la educación, *Laboratory for Education and Society - KU Leuven*). De él, dice Jorge:

Jan fue y es para mí uno de esos profesores que ejercen su oficio poniendo permanentemente en cuestión qué quiere decir ser profesor. Y dando a eso una respuesta práctica, concreta: en sus propias maneras de serlo, siempre examinadas y, sobre todo, compartidas. Digamos que Jan es, para mí, uno de esos profesores con los que es un privilegio y una alegría y un aprendizaje darle vueltas a lo que somos, a lo que hacemos y a lo que nos pasa cuando tratamos de habitar con cierta honestidad ese espacio tan interesante y ya tan devastado que se llama universidad [...] Jan está presente, implícita o explícitamente, en la conversación que llevo conmigo mismo sobre qué significa ser profesor (p. 243).

¿Con qué tiene que ver, en fin, ese oficio de ser profesor? En una de las voces de este diccionario –«Amor»–, encontramos la clave:

El oficio de profesor tiene que ver con el amor. Con el amor al mundo y con el amor a la infancia, entendiendo esta última como ‘novedad (en el mundo)’ y como ‘capacidad de comenzar’. Tiene que ver con el modo como nosotros, que habitamos el mundo, recibimos a los

nuevos, a los que vienen al mundo por nacimiento, a los que (precisamente por su condición de natales) tienen tanto la capacidad de empezar algo nuevo como la capacidad de renovar lo viejo (p. 37).

Esta tesis es netamente arendtiana, como sabemos. Y entiéndase bien que colocar en medio del oficio de profesor la palabra «amor» no es incurrir en ningún tipo de fácil sentimentalismo, pues se trata del *Amor Mundi*, del «amor al mundo» del que Arendt habló insistentemente; una clase de amor que, en el caso que nos ocupa, se concentra en la materia a ser transmitida y estudiada con disciplina, o sea: en silencio, en soledad, en libertad, repetidamente y aprendiendo a demorarse largamente en una sola cosa, sea leer algo, sea hacer alguna cosa. Es decir: estudiando, estudiosamente, ejercitadamente.

Creemos sinceramente que la lectura de este libro será muy provechosa y fructífera no solo para maestros y maestras o estudiantes de pedagogía, sino para estudiosos de filosofía y de las humanidades; en general, para quienes estén interesados en pensar con rigor los procesos de transmisión educativa. Un libro para ser leído, estudiado y conversado en la sala de aula. De ahí nació.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Deleuze, G. (2004). *L'Abécédaire* (avec Claire Parnet). Paris: Editions Montparnasse-DVD. Producido y dirigido por Pierre-André Boutang.
- Sennett, R. (2009). *El artesano*. Barcelona: Anagrama.

Fernando Bárcena
Universidad Complutense de Madrid